ARGUMENTO DEL CAPÍTULO 4 DE MATEO

Cristo, después de su bautismo, se retira al desierto, ayuna durante cuarenta días y otras tantas noches, y es tentado por Satanás: 1. A la desesperación en su inedia. 2. A la temeridad en su vocación y misión. 3. A la avaricia y ambición del fausto mundano, unidas a la idolatría más ignominiosa de todas las que pueden cometerse. Pero de todas estas tentaciones sale vencedor con la sola palabra de Dios, como para dar una muestra a los suyos, tanto de las tentaciones más peligrosas que les esperan en el mundo como del modo como han de superarlas mediante él mismo.

CAPÍTULO 4

(Mr. 1,12)
(Lc. 4,1)
Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo.
2 Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.
3 Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan.
(Dt. 8,3)
4 Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.
5 Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo,
6 y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está

A sus ángeles mandará acerca de ti,

y
(Sal. 91,11)

En sus manos te sostendrán,
Para que no tropieces con tu pie en piedra.

(Dt. 6,16)
7 Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.
8 Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos,

9 y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares.
Dt. 6,13 y 10,20
10 Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.
11 El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.

ANOTACIONES A LA PRIMERA PARTE DEL CAPÍTULO 4 DE MATEO

Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu Santo (6) ... Después de haber mostrado nuestro Evangelista, en los tres capítulos precedentes, que Jesús es el verdadero Mesías, y esto con testimonios dignísimos de toda confianza, y una vez puesto este muy necesario fundamento, acomete, a partir de este capítulo 4, el relato de los hechos de Jesús, su enseñanza, su muerte, y su admirable resurrección, y finalmente la razón y la economía de la salvación de la humanidad por él ganada.

En primer lugar refiere cómo, inmediatamente después de aceptar del Padre y del Espíritu Santo, con el testimonio que dieron desde el cielo, la solemne inauguración de su ministerio, se retiró a lugares apartados del desierto, donde, después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, entregado constantemente a la oración, provoca a un cuerpo a cuerpo al enemigo del género humano a quien había venido a combatir; tiene con él frecuentes encuentros y es por él tentado de múltiples modos, alcanzando siempre la victoria sobre él, victoria por la que adquiere para sí gloria eterna y digna del verdadero Mesías, para nosotros la salvación, y para el enemigo eterna deshonra e ignominia. Tal es, en general, el tema de la primera parte de este capítulo.

Pero hemos de advertir aquí seriamente al lector cristiano, y más aún a la misma Iglesia de Cristo, que no pase a la ligera por esta brevísima historia de las tentaciones de Cristo; antes al contrario, que no sólo la lea con la máxima atención, sino que la tenga siempre ante los ojos, ya que en ella no sólo se trata de encarecernos los combates y la victoria de Cristo, sino principalmente de que contemplemos, como en una pintura profética, con qué arietes ha de golpearla y atacarla el diablo mientras viva en la tierra, y

(6) Así en la versión siríaca y en su traducción latina de Tremellius. El texto griego, base de nuestras traducciones modernas, omite "Santo".

por qué medio —aun cuando Satán muchas veces no la ataque en vano— obtendrá ella finalmente la victoria venciéndole y derrotándole.

Narraremos, pues, en primer lugar, la historia misma de las tentaciones de Cristo, y después, de acuerdo con la norma que nos hemos propuesto, su aplicación práctica. Quiera el Señor concedernos que amonestaciones de tanta importancia fructifiquen y no sean en vano.

v. 3. *Si eres Hijo de Dios*, etc. Desvergonzadamente Satán dirige el primer golpe de su ariete contra el testimonio público e irrefragable del Padre celestial en favor de Cristo que vimos al final del capítulo precedente. La ocasión se la suministra el hambre de Cristo, y le pide, burlándose de su fe, que, puesto que está viendo cómo Dios le deja morir de hambre, deje ya de creer que le es tan amado y, desesperando con razón de la Providencia y del cuidado de Dios, desista de su misión y se ocupe razonablemente, como los demás hombres, de su propia subsistencia. Cristo le responde con la palabra expresa de Dios que la Providencia de Dios no está en absoluto tan ligada a los medios naturales ordinarios, creados por él, que no pueda, sin servirse para nada del pan, alimentar abundantemente a los suyos de cualquier otro modo que le plazca. Lo atestigua aquel maná enviado del cielo con el que Dios alimentó a su pueblo hasta la saciedad en el mismo desierto durante cuarenta años enteros. Y así, a mi entender, el argumento de Cristo no se apoya tanto en el testimonio que cita del Deuteronomio, como en el caso histórico que sirve de contexto a dicho testimonio.

v. 6. *Échate abajo*, etc. Al atacar de nuevo el mismo fundamento de la fe de Cristo («Si eres Hijo de Dios», dice), resulta claro por la respuesta del Señor qué es lo que el diablo pretende. «No tentarás —responde Jesús— al Señor tu Dios.» Luego, cualquiera que sea el sentido aparente de las palabras de Satanás, lo que éste pedía en realidad es que Cristo tentara a Dios. Ahora bien, tentar a Dios (como se deduce de la misma historia de Moisés en la que se nos refiere cuántas veces tentó a Dios el pueblo de Israel y como se da a entender también en el pasaje del Deuteronomio aquí citado por Cristo) es no dar fe alguna a la nuda palabra de Dios y querer comprobar, sometiendo por así decirlo al mismo Dios a razones originadas en nuestro propio cerebro, si algo se realizará como él mismo lo promete. Ciertamente fue de este modo como le tentaron los que dijeron: «¿Podrá acaso darnos pan o ponernos la mesa en el desierto?» Y el ejemplo presente nos indicará lo mismo. Cristo tenía el testimonio seguro de Dios Padre

de que él era su Hijo muy amado. Podría comprobarlo cuantas veces lo requiriese la necesidad de su misión, y así se lo prometía igualmente el testimonio del salmo aducido por Satanás. Pero querer poner a prueba el favor divino con peligrosa precipitación y fuera del contexto de su deber y de la necesidad de su misión, era tentar a Dios.

Además, esta segunda tentación de Satanás parece responder a la precedente en sentido contrario. Intenta Satanás, del modo que sea, derribar a Cristo de su posición haciéndole abandonar su verdadera confianza en Dios para apartarle así de su misión de redimir a la humanidad. Su plan en este segundo encuentro parece haber sido el siguiente: «No he podido infundirle miedo ni desánimo por la dificultad de su misión; luego es posible que pueda infundirle un exceso de confianza que le haga osar más de lo debido. No pude conseguir que su ánimo generoso desistiera de su propósito por miedo al hambre; luego será más fácil empujarle a alguna temeridad. De un modo u otro, por miedo o por temeridad, renunciará a su misión. Adelante, pues, firmísimo varón, puesto que es tan firme tu confianza en Dios Padre, atrévete a grandes cosas, a cualquier cosa que se te ocurra. Nada encontrarás difícil para una fe tan poderosa. Tienes además la palabra de Dios que te promete ponerlo todo, sin excepción, a tu alcance. Comprueba de una vez tu poder. Échate abajo desde aquí; porque escrito está: "A sus ángeles mandará cerca de tí que te guarden en todos tus caminos" (7). En este riesgo quedará patente no sólo el amor de Dios hacia tí, sino tu firmísima fe en él.»

Es evidente, por tanto, que esta tentación es doble y que está urdida con singular habilidad, de suerte que, cualquiera que sea la disposición de ánimo de aquel a quien ataca, sea vacilante o sea firme, podrá igualmente conjeturarse y esperarse que habrá de tentar a Dios. Pues si duda del amor de Dios hacia él y quiere comprobarlo arrojándose al precipicio tentará a Dios, y a la vez pagará inmediatamente su estupidez con el ridículo; y si se mantiene constante en su firmeza podrá ocurrir que, por lo mismo que está ciertísimamente persuadido del amor de Dios, se le ocurra querer poner a prueba el poder de una fe tan grande intentando traspasar los montes o traspasar los límites de su vocación, con lo que no tentará a Dios menos que con la duda, y traicionará aún más su vocación. Pero felizmente este doble lazo se encuentra con una espada de filo igualmente doble, porque Cristo, que conoce bien

(7) "Te guardarán en todos tus caminos", dice literalmente el texto de Reina, que remite directamente al Salmo 91, 11, que Mateo cita, omitiendo sin embargo esta frase.

las barreras de su misión y de su vocación, se niega a abandonar la primera por debilidad y a traspasar los límites de la segunda con osadía alguna temeraria; más aún, sale al paso de esta doble maquinación y la saca a plena luz con el doble filo de su espada al responder: «Escrito está 'No tentarás al Señor tu Dios'.»

v. 9. *Todo esto te daré,* etc. Promete Satanás a Cristo que le dará en recompensa la gloria y las riquezas de todo el mundo si le adora. Le instiga así ahora a una idolatría manifiesta, y a la idolatría más impura de todas. Quien hubiera sucumbido a la primera tentación habría podido disculparse en cualquier caso con el hambre misma, pues la necesidad es un arma dura. Quien, vencido en la segunda, hubiera acometido empresas difíciles y llenas de peligro inmediato ajenas a su vocación podría aducir que se había dejado engañar por una vana y precipitada opinión del favor divino para con él interpretando falsamente aquella promesa de que Dios «mandaría a sus ángeles», etc., que está destinada exclusivamente a quienes se ven sometidos a peligros dentro del ámbito de su vocación. ¿Qué alegará quien sucumba a los deseos de la bestia más impura cuando ésta, abierta y desvergonzadamente, reclama para sí honores divinos? Está claro que no podrá alegar sino la magnitud del premio que se le ofrece, el único premio capaz de satisfacer la avaricia y la ambición de quien codicia las riquezas y el poder del mundo entero. Estas enfermedades, las peores de todas, no existían en Cristo y, por lo tanto, le fue fácil alejar de sí al tentador con su premio, por grande que éste fuese, abatiéndole con su acostumbrada espada de la palabra de Dios que prescribe lo que debe hacerse en tales casos.

No carece tampoco de habilidad el orden seguido en estas tentaciones, pues, como resultará evidente al que en ello se fije, las dos últimas responden a la primera de tal suerte que está igualmente claro a cuál de las dos le corresponde el segundo, o el tercero y último lugar. Hemos mostrado que la segunda tentación se dirigió, en sentido inverso, contra la fe puesta a prueba y hallada inconmovible en la primera, de modo que al miedo y al desánimo que el adversario no pudo infundir a Cristo ante la dificultad de su misión, sucediera la temeridad y una excesiva y vana confianza. En la tercera, Satanás contrapone al hambre y al desprecio las riquezas y la gloria de todo el mundo, y su idea parece haber sido la siguiente: «Con el hambre no he conseguido nada de él. Habrá que volverle a tentar en el sentido opuesto. Acumularé contra él todas las riquezas y la gloria del mundo; atacaremos el hambre con inmensas riquezas, y el desprecio con la gloria más alta, ya que hambre y desprecio son los males que al presente más le

acosan. Así lograremos dominar a fuerza de riquezas y de gloria a quien no pudimos reducir con el hambre ni con el desprecio. Además, para que merezca tan gran recompensa, no me contentaré ya con pedirle que rechace su fe, que abandone su misión; le pediré abiertamente que se entregue todo a mí, que me tenga por Dios, y que lo ratifique postrándose ante mí dando así egregio testimonio de su adoración. Ea, pues, veo que eres un hombre que, del modo más indigno, está sufriendo hambre y desprecio extremos. ¿No será mejor disfrutar conmigo de todas las riquezas y la gloria del mundo que vivir sepultado eternamente en tal basura y desprecio? 'Todo esto te daré', etc.» Así Satán, confiando en la magnitud del premio que promete, obra abiertamente y sin disfraz alguno. Y por eso le parecen aquí superfluas aquellas palabras que le sirvieron de introducción en las otras tentaciones: «Si eres Hijo de Dios», etcétera. Abiertamente promete, abiertamente pide. Sólo un requisito le falta para la victoria, a saber, que da con un espíritu totalmente libre de avaricia y de ambición; porque si hubiera dado con un espíritu que adoleciera, por poco que fuese, de estas enfermedades ni él habría sufrido con tanta vergüenza el rechazo de su adoración ni la Iglesia de Cristo habría tenido que luchar tanto tiempo con el hambre y con el desprecio, como ocurrió pocos siglos después.

Pero vengamos al meollo de la cuestión. En mi sentir, en efecto, no se trata tanto en este pasaje de pasar revista para nosotros a las tentaciones de Cristo como asumiendo él en sí mismo y venciendo las principales tentaciones de todo su pueblo (cosa que por otra parte sinceramente reconozco y totalmente acepto), cuanto de pintarnos en estos encuentros de Cristo con Satanás, como dije al principio, las luchas futuras y más peligrosas de la Iglesia misma. Esta es la razón de que hayamos empezado por describir aquellos encuentros con la mayor exactitud que nos ha sido posible a fin de poder percibir después más fácilmente lo que Cristo quiso darnos a entender con ellos.

Que la suerte de la Iglesia en la tierra está condicionada de tal modo que tanto su incolumidad como su ruina dependen exclusivamente de sus pastores y obispos, no lo negará nadie que haya observado que en el decurso de la Iglesia en su conjunto desde la fundación del mundo la Iglesia se ha mantenido firme y ha florecido siempre que ellos han perseverado en su misión con fortaleza y fidelidad, y que por el contrario no ha podido irle peor cuando sus pastores y obispos se han dejado corromper por Satanás o han sido de cualquier modo expulsados de su posición. Así el diablo, para conseguir del modo más rápido su propósito, acecha

incesantemente, en primer lugar, a los pastores piadosos y su ministerio, dirigiendo todas las fuerzas de su pésima naturaleza exclusivamente a la corrupción de los mismos, ya que su caída acarreará necesariamente el derrumbamiento de la Iglesia.

En mi sentir, pues, se nos enseña aquí que la fe de los pastores se pone a prueba de tres modos principales. En primer lugar, por el hambre, ya que, debido a la avaricia de los hombres, ocurre con frecuencia que llegan a carecer del necesario sustento, y siendo así que ellos administran riquezas espirituales y celestiales de un precio intestimable, se les niega con la mayor injusticia un exiguo salario suficiente para aliviar las necesidades de la vida presente. Se los tienta, digo, a abandonar una misión que, además de no reportarles utilidad alguna y de serles trabajosa, les acarrea una molesta pobreza —a menos que prefieran verse abrumados con los suyos por la hostilidad de todo el mundo y consumirse entretanto de hambre, hambre que, debido a la dura ingratitud humana, no podrán alejar de sí más fácilmente que si tuvieran que hacerlo convirtiendo duras piedras en pan. En este conflicto peligra en el pastor la certeza de su vocación divina, pues hasta ese fundamento llega el ataque —«Si eres Hijo de Dios».

Cuando esa certeza falla —ya sea porque el tentado jamás la tuvo (tal suele ser el caso de los que corren sin haber sido nunca enviados por Dios, como lo encontramos en el Profeta: «Ellos corrían, y yo no los había enviado» (8), ya porque al ser una certeza muy débil y no cultivada suficientemente con la oración asidua y la meditación frecuente de la palabra de Dios que le ha enviado, cede ante los fortísimos golpes del adversario— se verá al ministro abandonar del todo la confianza en Dios, decir adiós a su ministerio, y entregarse por entero a procurar su propio interés, esto es, el de su vientre. Si se trata de un mercenario, es decir, de alguien que servía sólo por la paga aun cuando por lo demás pareciera un hombre frugal, perdido él no será tan grande la pérdida de la Iglesia. Pero si era un verdadero ministro, piadoso, fiel y morigerado, no podrá perderse sin gran daño para la Iglesia.

Si, por otra parte, el pastor piadoso, como ciertamente debe hacerlo, permanece firme siguiendo el ejemplo de Cristo, y oponiendo a aquel durísimo golpe el escudo de la fe y de la palabra de Dios que le promete auxilio inmediato, se le prepara un segundo golpe: de esa misma fe con la que ha vencido al enemigo se sirve éste para dirigir ahora su ariete al lado contrario, atacando sin embargo la misma fe. Trata de persuadirle para que, puesto que no duda del amor de Dios hacia él, confíe en su providencia y, apoyado en su palabra, se atreva a emprenderlo todo, incluso a precipitarse desde lo alto del templo; así experimentará de un modo más manifiesto en empresas grandes, arduas y peligrosas el indefectible y especial favor de Dios para con él.

Finalmente, el tentador golpea sobre todo con este ariete a aquellos a quienes ve ya colocados en algún grado de estimación por su buena y feliz actuación en la Iglesia con el fin de que, abusando de esa misma confianza que tienen en su vocación, o so pretexto de celo por la gloria de Dios, se aventuren en cosas que están fuera de los límites de su vocación como para poner a prueba la autoridad que han adquirido. Y el ámbito de esta tentación no se reduce en modo alguno a una única situación cualquiera, como la primera a la falta de sustento; antes al contrario, como son múltiples los casos y los asuntos, por no decir prácticamente infinitos, en los que uno puede errar traspasando las metas de su vocación, el campo de esta tentación es también amplísimo y prácticamente infinito. Téngase, pues, aquí por regla indefectible la siguiente: siempre que un pastor cristiano emprende una acción de alguna importancia fuera del terreno acotado de su vocación, por mucho que alegue como pretexto celo, fidelidad a su vocación, y hasta la misma palabra de Dios, corre peligro de caer en esta tentación, se precipita desde lo alto del templo, tienta a Dios, se rebela contra Dios, y le hace ocultamente la guerra, pues todo esto se dice de los que tientan a Dios.

Queda otro género de tentación, hasta tal punto la más peligrosa y fuerte de todas que Satán no considera necesario emplear en ella ningún artificio especialmente secreto, sino que confiando sólo en la potencia y fuerza de la misma, puede atacar abiertamente seguro de que acabará consiguiendo lo que pretende. Y así, a aquel piadoso pastor que, como él lo ha comprobado, ni retrocede ante la dificultad de su misión ni se ensoberbece temerariamente con el éxito de su ministerio, le tentará ofreciéndole por último el poder real tras someter a su obediencia a los pueblos, con lo que podrá granjearse riquezas y gloria dignas de un rey. Dirás tú: ¿cómo puede Satán lograr tal cosa? Ciertamente que puede, por sí mismo, por el pastor mismo, por los hombres en general, y también —lo que quizá parecerá más extraño— por el mismo Evangelio. Tiene en el pastor —a menos que éste haya renunciado perfectamente a sí mismo y al mundo entero y cuide con la máxima vigilancia de sí mismo — un alma que, por su amor propio, padece la ocultísima peste de la ambición, consecuencia del vicio común de la natura-

(8) Jer. 23:21: No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, pero ellos profetizaban.

leza humana. En el común de los hombres, y debido a la misma fuente de corrupción, cuenta con la ignorancia del bien y del mal, la ceguedad de mente, y la lamentable corrupción de todos los afectos; de suerte que, si la bondad de Dios no reprimiera su furor, podría empujar a los hombres, como a bestias, cuando quisiera y a donde quisiera. Tiene además, él mismo de por sí, pero por justísima ordenación de Dios por causa de los pecados de los hombres, imperio y potestad, que ejerce, como dice el Apóstol, sobre los hijos de incredulidad (9), y no sólo sobre ellos, sino también sobre los mismos creyentes, en la medida en que aún son carnales y no han alcanzado la regeneración perfecta y completa, a menos que éstos, como dijimos del pastor, se mantengan en guardia con la máxima vigilancia. El mismo Evangelio, por otra parte, exige del pueblo una obediencia religiosa a sus pastores. Y así, cuando concurren todas estas circunstancias, no es difícil para el diablo, tratándose de un pueblo ciego y en la peor disposición, convertir la religión en superstición, o, mejor dicho, inyectar en las almas de los hombres superstición en el lugar de verdadera religión y conseguir así que el pueblo, a porfía y espontáneamente, tribute so pretexto de piedad a un pastor ambicioso una obediencia que bajo el verdadero Evangelio nunca habrían tributado a un pastor piadoso y fiel. Y una vez que la ambición se ha hecho con el timón, un dominio mundano viene a ocupar el lugar de la Iglesia antes pobre y despreciada, y con tanta mayor opulencia y esplendor cuanto más ampliamente ha podido extender sus fronteras. Es posible que al principio el dominio no buscara las riquezas, pero así como a la ambición sigue necesariamente la codicia, es igualmente forzoso que venga con ésta la pasión de acumularlas. Sin embargo, para edificar esta mole babilónica no basta el trabajo de un solo hombre, ni el espacio de un solo siglo; uno transmite a su sucesor el edificio comenzado con buenos auspicios, y éste lo entrega sucesivamente a la posteridad para su duración y consumación a lo largo de muchos siglos. Ciertamente no es mi intención, al desvelar esta admirable profecía con un ejemplo singular que ilustra maravillosamente el tema de que tratamos, discutir aquí con algún rigor si es verdadera o ficticia la llamada Donación de Constantino. Dejo esta cuestión al Cardenal Nicolás de Cusa, al Volterrano, a Antonino el Arzobispo de Florencia, a Jerónimo Paulo, Canónigo catalán de Barcelona, a Lorenzo Valla, a Eneas Silvio (después Papa Pío II), y a otros de esta índole, alumnos además de la Sede Romana. Concedamos que es auténtica. Puesto que el Romano Pontífice lleva muchos siglos en posesión de un gran poder, y ese poder no lo tiene en virtud de lo que llaman su patrimonio, ni lo ha conquistado para sí por las armas, y ojalá tampoco por fraudes y engaños, forzosamente lo habrá adquirido por algún don (ya que tampoco puede haberlo adquirido por compra). Es, por tanto, indiferente si lo ha recibido de Constantino, o de Carlomagno —lo que es más verosímil— o de otro cualquiera. Esto es lo que han de pesar los jueces por injustos que sean: Cualquiera que esté enterado de la advertencia implícita en la tercera tentación de Cristo, ¿no dirá que ésta se ve cumplida en todas sus partes en el principado y el imperio que el Romano Pontífice reivindica para sí, y, por supuesto, por derecho divino? La Donación de Constantino dice textualmente: *Y en virtud del mandato imperial y divino* (dice el mismo Constantino) *que tenemos en Oriente y en Occidente, en la región septentrional y meridional, a saber, en Judea, Asia, Tracia, Grecia, África, Italia y en diversas islas, concedemos a todos estos dominios libertad respecto de nos, de modo que todo se regule en adelante como lo disponga nuestro beatísimo Padre el Pontífice Silvestre y sus sucesores.* Y poco después: *Por estos beneficios ofrecemos también a los mismos santos Apóstoles y señores míos, los beatísimos Pedro y Pablo, y por ellos al beato Silvestre nuestro Padre y Sumo Pontífice, y Papa católico de la ciudad de Roma, y a todos sus sucesores hasta la consumación del mundo que se sienten en la cátedra del beato Pedro, y le entregamos desde este momento, en primer lugar nuestro palacio oficial de Letrán, que aventaja en magnificencia a todos los palacios de la tierra. Luego, la diadema, es decir, nuestra corona. Igualmente, la mitra frigia, así como el humeral de cuero que es costumbre que el emperador lleve sobre los hombros. Item, el manto de púrpura y la túnica escarlata y toda la indumentaria imperial, y la dignidad de los gobernadores imperiales, adjudicándole los cetros imperiales, y con ellos todas las enseñas y banderas y diversos ornamentos imperiales, y toda la pompa y potestad de la cumbre imperial en las procesiones. En cuanto a los reverendísimos clérigos que, según sus diversos órdenes, sirven a esta sagrada y santa Iglesia Romana, sancionamos que tengan la consideración, el poder, y la preeminencia que son ornato y gloria de nuestro gran senado, esto es, que se les nombre patricios y cónsules; y promulgamos también que se les honre con las demás dignidades imperiales. Y decretamos que el clero de la santa Iglesia Romana sea equipado como el ejército imperial. Y lo mismo que el poder imperial dispone de varios servicios —de camareros, os-*

(9) Ef. 2,2: *in filios incredulitatis*, dice Reina; la Vulgata, *in filios diffidentiae;* Reina-Valera (rev. 1960), "hijos de desobediencia". El texto griego, ἐν τοῖς υἱοῖς τῆς ἀπειθείας. Liddell-Scott no da más traducción de ἀπείθεια que *disobedience*. Tremellius y Beza, en sus respectivas traducciones al latín, refuerzan o endurecen este sentido hablando de "contumacia" T.: *in filiis contumaciae;* B.: *in hominibus contumacibus*).

tiarios y centinelas— queremos que disponga también de ellos la santa Iglesia Romana. Y para que el honor del pontificado tenga el máximo esplendor, decretamos también que los clérigos de la misma santa Iglesia Romana cabalguen en caballos adornados con monturas del blanco más resplandeciente, y que así como nuestro senado usa con su calzado udones (10) de tejido blanquísimo, ellos ostenten también este privilegio. Así lo celestial se adornará como lo terreno para alabanza de Dios». Y como si no fuera suficiente haber repetido siete veces las galas que contribuyen al esplendor de la dignidad imperial, dice pocas líneas más adelante: «*Decretamos también que el Padre Silvestre, Sumo Pontífice y digno de toda reverencia, y todos los pontífices que le sucedan deben usar y llevar en la cabeza, para gloria de Dios y por reverencia al beato Pedro, la diadema o corona que le ofrecemos y que hemos llevado en nuestra propia cabeza, corona de oro purísimo engastada con piedras preciosas y perlas. Pero, puesto que el mismo beatísimo Papa no se ha atrevido a llevar una corona de oro sobre la corona clerical de la tonsura que tiene por reverencia al beato Pedro, nos le impusimos con nuestras propias manos en su sacratísimo vértice este frigio de deslumbrante blancura como símbolo de la Resurrección del Señor, y sujetando las riendas de su caballo, le servimos de palafrenero por reverencia al beato Pedro, mandando que todos sus sucesores lleven el mismo frigio, especialmente en las procesiones, en imitación de nuestra potestad imperial.*» Hasta aquí toda esta farragosa repetición de las insignias del Imperio. (Si todo quedara en ellas sería todavía algo monstruoso, por no decir abominable, para el ministerio del Evangelio y la función del pastor cristiano buscar apoyo para su autoridad en este género de esplendor pérsico, condenado ante todo por el Evangelio mismo. Pero para que dichas insignias no fuesen signos vacíos de su realidad correspondiente, oigamos lo que sigue): *Por lo que* —dice— *a fin de que la cima del Pontificado no sea tenida en poco sino que por el contrario se vea realzada como digna de una gloria y potencia superior a las de cualquier reino terreno, por este nuestro divino edicto y pragmática entregamos y cedemos (como antes se ha dicho) al tantas veces mencionado beatísimo Padre nuestro el Papa católico Silvestre, y a todos los Pontífices que le sucedan, nuestro palacio en la ciudad de Roma, y las provincias, lugares y ciudades de toda Italia y de las regiones occidentales para que dispongan de ellas según su potestad y juicio, y las cedemos a perpetuidad a*

(10) *Udones:* calcetones o medias de paño de color blanco que del vestuario de los emperadores y patricios parecen haber pasado al del alto clero italiano (Milán, Rávena, Roba) antes del siglo VI. Cf. Mario Righetti, *Historia de la Liturgia*, I, § 390.

la jurisdicción de la Santa Iglesia Romana. Por todo ello hemos juzgado congruente trasladar nuestro reino y su gloria a las regiones Orientales, ya que no sería justo que tuviera potestad un rey terreno donde el Rey de los Cielos ha establecido el principado de los sacerdotes y la cabeza de la religión cristiana.

Estos son literalmente los términos del famoso privilegio de la Donación de Constantino. Si este documento es auténtico (cosa que no está clara), ¿es que alguno, meramente en posesión de su sentido común, al ver a Silvestre, extraído poco antes de las cavernas de la tierra y de la suciedad y basura de algún estercolero, resplandeciente ahora de púrpura y de piedras preciosas, llevando la triple corona y el gorro frigio, decorado con todas las insignias del Imperio del orbe terrestre, ascender al imperio de todo el Occidente, llevado en un caballo blanco por el Emperador en persona que le acompaña a pie y, como él mismo dice, le sirve de palafrenero, y recorrer así los foros y las encrucijadas de Roma con un fausto más que pérsico, es que alguno, repito, al contemplar todo esto y compararlo con el cuadro de las tentaciones de Cristo, podría dejar de pensar que Silvestre aquí no nos remite en absoluto a la persona de Cristo rechazando el imperio del mundo que le ofrece el diablo, cuando él lo coge con las dos manos, y que Constantino por su parte, al entregárselo a Silvestre so pretexto de alguna extraña piedad, está representando el papel del diablo? «Pero —dirás— no leemos en ninguna parte que Silvestre haya jamás adorado al diablo, y además ultrajas a un Príncipe piadosísimo». Al contrario, por lo que a nosotros toca, quede incólume la piedad de ambos tan grande como haya sido. Si con todo esto se le hace algún desdoro (y no puede negarse que se le hace el mayor y el más ignominioso imaginable), véanlo quienes se inventaron esta fábula, o quienes hoy día porfían que debe tenérsela por ciertísima. Por lo demás, no sería demasiado prudente por cierto que unos y otros nos pusiéramos ahora a discutir si obraron rectamente o no Constantino y Silvestre, cuando habría que discutir más bien si el Romano Pontífice ha recibido de Cristo o del Diablo el Imperio que hoy día tiene sobre todo el orbe y su gloria y riquezas. Cristo lo rechaza cuando Satanás se lo ofrece. El Papa lo tiene. Y Cristo lo rechaza sin negar en modo alguno el derecho que Satanás dice tener sobre ellos, porque la discusión de ese derecho sería demasiado larga. Ciertamente tiene el Diablo el imperio sobre el orbe, pero así como lo adquirió por malas artes, no son mejores aquéllas con que lo administra. Por consiguiente, quien lo recibiera de él lo recibiría de precario, y forzosamente tendría que adorarle antes como su bienhechor y reconocerle después perpetuamente como tal. Cristo, como hemos dicho, dejando de lado toda discusión

sobre el dominio y el derecho al dominio, muestra solamente que la condición que se le impone es impía, y, aún más, inicua, afirmando con la Escritura que sólo a Dios se debe la adoración. Vea el Papa con qué condiciones ha pactado él con el Diablo, pues instruidos por esta historia no podemos ni debemos dudar que tiene de él su poder. Puede que jure que jamás ha adorado al Diablo, que incluso jamás lo ha visto Es posible, aunque quizás algunos de sus predecesores no podrían con verdad afirmar lo mismo. Pero no puede negar la prodigiosa idolatría y la corrupción total del culto divino que protege. Nosotros sabemos de cierto que esto es adoración del Diablo, adoración que el Papa le ha rendido, no una sola vez, sino continuamente, ya que ella le asegura el imperio y la gloria del mundo. Tampoco hay que temer hoy día que vaya el diablo a tentar a los pastores de la Iglesia pidiéndoles de nuevo abiertamente que se precipiten desde lo alto del templo o que le adoren. Sabe de sobra que tales peticiones parecerían execrables aun a los mismos que aspiran abiertamente al dominio del orbe con la mayor avaricia y soberbia. Aquello sólo ocurrió una vez en el caso de Cristo para que nosotros aprendiéramos que ninguno puede aventurarse fuera de los límites de su vocación a un peligro seguro de precipicio; ni mandar avara y ambiciosamente al clero, esto es, a la heredad de Dios (por no decir al mundo entero) so pretexto de religión sin que haya pagado tan gran poder con la profanación y corrupción total del culto divino y hasta con la adoración del Diablo, de quien ha recibido el dominio que ejerce. Por consiguiente, cuando veamos de un lado la corrupción del culto divino, y de otro a un pastor y obispo de la Iglesia reinar en medio de riquezas y gloria y dominar al mundo, podemos adivinar con toda seguridad que así se convino tiempo atrás entre ese pastor y el Diablo con aquéllas y no otras condiciones.

Nadie que esté en su sano juicio intenta curar a un cadáver. En ocasiones incluso se le diseca hasta en las partes más diminutas de su anatomía con el fin de obtener del mismo la máxima utilidad para los vivos. Son los que pueden enfermar los que son susceptibles de curación. Así también, si hemos aducido el ejemplo del Pontificado Romano, ha de entenderse que no se lo ha traído a colación en absoluto para intentar curar su plaga, ya que es desesperada; sino para mostrar a la Iglesia renovada en estos tiempos por la bondad de Dios, en ese cadáver por lo demás inútil, que los comienzos de tan lamentable ruina no son otros que los que se habían predicho en esta historia. Que pastores piadosos fueron gravemente tentados por la falta de sustento en los primeros tiempos de la Iglesia puede conjeturarse fácilmente incluso del sólo ejemplo de Pablo, a no ser que estimemos ociosas o avaras (¡lejos

de nosotros!) aquellas graves quejas suyas a los Corintios. ¡Cual no debió ser su necesidad para verse forzado a trabajar con sus manos a fin de mantenerse en el ministerio! ¡Y con qué embarazo no debió descender aquel pecho generoso a aquella discusión sobre el sostenimiento de los ministros de la Palabra y el suyo propio! Vemos finalmente que entre los males que sufrió en su ministerio cuenta el hambre, el frío, la desnudez, y otras pruebas semejantes de la mayor indigencia. Afirma en otro lugar que sabía tener abundancia y padecer necesidad. En cuanto al desprecio que sufrió no sólo por parte de los gentiles o de los refractarios de su propio pueblo, sino de los mismos que habían dado nombre al Evangelio, y añadiré, de quienes eran su propia obra, no son ya conjeturas, sino pruebas palmarias del mismo lo que encontramos en esas mismas quejas a los Corintios. ¡Y cuántos no hemos de pensar que fueron entonces los padecimientos de otros piadosos y fieles ministros de la Palabra cuando un Apóstol de primer orden era objeto de un trato tan sórdido y miserable! Mientras él, con el trabajo de sus manos, defiende su puesto contra estos golpes de Satañás, ¿cuántos no hemos de pensar que fueron derribados de los suyos por los mismos golpes? «Demas —dice el Apóstol— me ha desamparado amando este mundo», etc.

Vinieron después tiempos más suaves, en los cuales, si bien se apreciaba todavía la pobreza entre los pastores de la Iglesia, había que evitar a toda costa el desprecio como algo de todo punto insoportable. Y así se dio lugar a la segunda tentación. Todo el que deseaba parecer grande y no llevaba fácilmente que se le despreciara, pensando tal vez (como suele ocurrir a los que padecen esta enfermedad) que se le quitaba a él todo el honor y la estimación que recaía en otro, no vacilaba en recurrir a cualquier medio con tal de aumentar o vindicar su reputación. De aquí surgieron innumerables pleitos y disputas, a veces sin duda sobre los más graves asuntos, pero con frecuencia sobre cosas insignificantes: el cirio pascual, el ayuno en domingo, la fecha de la Pascua, la lana de cabra ... En uno y otro caso la contienda parecía siempre destinada a no tener fin a no ser que viniera a imponérselo la persecución de tiranos aborrecedores del nombre cristiano, o una guerra devastadora, o la muerte de las partes contendientes. De aquí tantas herejías, tantas excomuniones, tantas deposiciones y reposiciones de obispos, y quizá también tantos milagros. Porque fue aquella época, si lo fue alguna, aun en su gran ignorancia y corrupción de la verdadera religión, tan fértil en milagros que podría competir con la propia edad apostólica; y ,sin embargo, si no me engaño, si se les aplicara la piedra de toque de la verdad, apenas se encontraría uno o dos que no debiera colocarse bajo este epígrafe:

«Échate abajo», etc. Ciertamente quien bien lo sopese todo descubrirá que todas aquellas observancias, todos aquellos ayunos, y en una palabra, todas las instituciones que aquella época, y después el monacato, trajo consigo hasta nuestros días, no fueron en realidad sino despeñamientos de sus autores, que temeraria e insolentemente se atrevieron a cualquier cosa en religión, precipitándose fuera de las metas de su vocación, por no decir de las de toda piedad sólida y verdadera. Hemos dicho que este género de tentación, dada su materia y sus ocasiones, tiene un campo prácticamente infinito. Aquellos siglos se distinguieron por su abundancia, tanto en hombres necios y sumamente osados en materia de religión como en precipicios; hasta que en Oriente toda la autoridad vino a recaer exclusivamente en Mahoma y en Occidente exclusivamente en el Romano Pontífice. Así, tras precipitarse los pastores de la Iglesia desde lo alto del templo, cada uno en su orden y su grado, por reivindicar su propio crédito uno frente a otro, después de muchos vanos intentos superaron al fin egregiamente, en una sola jugada, aquellos dos males de la pobreza y el desprecio, pero a costa de adorar a Satanás. ¡Triste suerte la de la Iglesia cristiana si cuando se habían apoderado de ella totalmente la superstición, la idolatría y la hidra de todos los males que introdujo en el mundo cristiano la adoración y el culto del diablo por la ambición y avaricia de los pastores, Dios no hubiera mirado su deplorable situación con sus benignísimos ojos de infinita misericordia para que nos quedara al menos, como dice Isaías, un pequeño resto!

AMONESTACIÓN SUPLICANTE A LA IGLESIA RENOVADA EN NUESTRO TIEMPO

para que, teniendo siempre presente ante los ojos el ejemplo de Cristo, se guarde en adelante de estos peligros.

Para terminar esta reflexión siempre de la máxima importancia, no me resta sino dirigirme a ti, dondequiera que te ocultes, oh renacida Esposa de Cristo que, como escapada de las cenizas y las ruinas de Sodoma y Gomorra y como si el pastor extrajera de las fauces del león dos patas y la punta de una oreja de su ovejita, estás siendo ahora renovada y reunida por la poderosísima y benignísima mano de Dios. Tienes ante tus ojos en esta historia, como en una pintura preciosísima y viva, los principales peligros con los que Satán trama tu ruina. Cristo, tu Esposo, quiso transferirlos a él mismo para tu bien, para avisarte así de los que a ti te esperan y de los que debes temer en gran manera tu ruina y precaverla. Él se enfrentó con ellos primero para vencerlos, para enseñarte a la vez que tú habías de pasar por ellos, y que a ti te resultarían más débiles en virtud de su victoria, y si sigues su modo de luchar con los mismos monstruos tengas en tu mano victoria. A esta pintura premonitoria viene a añadirse para tu mejor instrucción todo el decurso de la Iglesia que te precedió a lo largo de más de mil quinientos años, y de cuyas ruinas tú estás siendo ahora reagrupada. Es por cierto una ingente adición a aquella pintura y, por así decirlo, un comentario práctico de la misma. Encontrarás en él los mismos ataques de Satanás contra los pastores de la Iglesia, ejemplos preclaros de los que perseveraron valientemente en sus puestos, y, por el contrario, funestos de otros que se arrojaron al precipicio, y execrables de los que, por la gloria del mundo y sus riquezas, adoraron a Satanás corrompiendo el culto divino. Si contemplando todo esto con atención no te hacen más sabia y más cauta los males pretéritos, serás más que digna de recibir un castigo siete veces mayor. Advertida ahora de los peligros que te amenazan y hecha más cauta por los ejemplos del pasado, pon remedio a tiempo para que las generaciones venideras no se vean forzadas a llorar en ti (¡no lo permita Dios!) los mismos males o quizás mayores que los que ahora tenemos que lamentar en esas repelentes monstruosidades nacidas del cadáver de la Iglesia cuyos ejemplos tienes ante los ojos. Hasta ahora vives en el desprecio y la pobreza, condición la más feliz de todas las que le pueden caber en suerte a la Iglesia en este mundo. Por ello existe al presente el peligro de que los pastores buenos y fieles, atacados por el hambre (pues necesariamente tienen que padecerla en la situación en que te encuentras), abandonen su ministerio y le vuelvan la espalda para mirar por su estómago. Dios les ha concedido riquísimos dones de doctrina y de sabiduría ante todo para tu restauración, y existe también el peligro (ya que la ciencia infla si está vacía de caridad) enorgullecidos principalmente por un mediano éxito, caigan en tal admiración de sí mismos que se olviden de su vocación y transgredan de algún modo los límites de la misma. No creo que haya ahora gran peligro de que, en una situación más próspera, algún Constantino, instigado por la religión o, mejor dicho, por la superstición, les ofrezca el dominio del mundo, ya que —no sé en virtud de qué buena ventura de la naturaleza humana— ésta ya no produce, en lugar de hombres, hongos ni cañas vacías de los que sea tan fácil burlarse. No obstante, sigue en pie, en su divina certeza, nuestra pintura profética, que debe persuadirnos de que Satán los tentará, si no quizá con aquella perspectiva manifiesta, sí con alguna especie más oculta de dominio, para intentar corromper el verdadero culto de Dios, restaurado a costa de tanto trabajo de hombres piadosos y de la sangre de tantos mártires, y transferirlo

de nuevo a sí mismo. Nos lo advierten también, si queremos entender, aquellas revoluciones del orbe que Salomón enumera en el primer capítulo de su discurso (11), de acuerdo con las cuales hemos de esperar que lo pasado vuelva a suceder. Añade además que tampoco el diablo dejará de poner a prueba ahora a la Iglesia con un arma tan sumamente poderosa, sabiendo que sólo gracias a la fuerza de la misma ha mantenido su dominio durante tantos siglos. Si esto llegara alguna vez a suceder, no dudo de que, por la justísima ira de Dios al castigar en unos el desprecio y en otros el abuso de su Palabra, el derrumbamiento sería incomparablemente más peligroso y funesto que el que estamos viendo en la Iglesia Romana. Pues, siendo aquel dominio terreno (por más que se jactara de espiritual) y una idolatría más que manifiesta, era por lo mismo más fácil percibir su deslizamiento, sobre todo acercándole, por poco que fuera, la antorcha de las Sagradas Escrituras. Pero, ¿qué harás cuando no veas dominio terreno alguno, ni montones de riquezas, ni enseñas imperiales, ni Donación de Constantino, nada, en una palabra, de aquella crasa idolatría, pruebas indudables todas ellas de la adoración del diablo y de las recompensas obtenidas por esa adoración? Me perdonarás, candidísima Paloma de Cristo, que te avise más abiertamente de peligros sumamente graves y que te atañen en el más alto grado. Pero, ¿qué digo? Perdona más bien que, al pedirte esta venia, parezca yo dudar un poco de que merezca más gratitud de tu parte el que, por causa de ese tu ingénito candor de paloma, te amoneste más abiertamente.

En estos pocos meses en los que, por un admirable e inesperado favor de Dios, ha sido dado a ojos afortunados ver tu gloriosa restauración, hemos visto también pasar hambre a unos cuantos de tus pastores. Algunos de éllos, vencidos por la tentación, abandonaron la lucha. Los que perseveraron valientemente experimentaron también, no mucho después, la providencia con que Dios los alimentó. Incluso hemos visto ya, no sin gran dolor, a algunos que, como enloquecidos por un exiguo éxito, se arrojaron al precipicio de la segunda tentación, ocultando su temeridad y su demencia bajo no sé qué velo de celo religioso. Y si (como por mi parte no lo dudo) mientras estés en la tierra tendrás fatalmente que soportar tales fantasmas hasta el punto de nacer, crecer y envejecer con ellos, permaneciendo por fuerza en el mundo, pero debiendo, ante todo, seguir a tu Esposo, vigila al menos en todo momento para no permitir que, mientras procuras honrar a tu Dios y Esposo legítimamente y servirle con perfecta fidelidad, se te desvíe de esa pobreza, humildad y desprecio a un culto en apariencia más refinado

(11) Eclesiastés, I.

y con no sé qué clase de mayor esplendor y se ponga así en tí los cimientos de un poder pestilentísimo que acabe por convertirse en una monstruosa mole babilónica.

Si tienes la intención de hacer frente a tan grandes males con los mejores auspicios, contempla este cuadro con aplicación y diligencia. En él puedes ver adónde apuntan las artes de Satanás, en qué consisten, y también lo que pueden conseguir si no te guardas de ellas con toda solicitud. Tienes asimismo en el mismo cuadro el ejemplo de Cristo, que no sólo te aconseja, sino que además te suministra las fuerzas, las armas, y el método con los que, si los empleas con destreza, obtendrás con él una gloriosa victoria. Satán no busca otra cosa que tu ruina, y sabe que ésta depende de la destrucción de tus pastores. Valdrá la pena, pues, que nos dirijamos ahora a ellos para que no pierdan de vista qué es lo que Satán desea de ellos y cuál, es por contrario, su deber para contigo y para con tu Esposo.

En su primer encuentro, se contentará Satán simplemente con que abandonen su ministerio para alejar el hambre. Pero el pastor piadoso deberá pensar en esta circunstancia que es ministro de Dios, que le ha llamado y enviado a trabajar, y que, así como da simiente al que siembra, le proporcionará también pan para su alimento, incluso rompiendo las compuertas del cielo. Y si todavía hay que pasar hambre, es infinitamente mejor morir mil veces de inanición en obediencia y fidelidad a Dios y saciarse después eternamente con la visión de Dios que incurrir en su ira y enemistad cebándose para los suplicios eternos. En un segundo encuentro, no te pedirá que abandones el ministerio, sino que, permaneciendo en él, transgredas sus límites. El remedio está en tu mano: conoce a fondo, religiosamente, los límites de tu vocación y no los traspases en modo alguno, no sea que te arrojes al precipio y tientes a Dios. Te pedirá Satán finalmente algo todavía más extraordinario: a saber, que en el mismo ministerio le adores a él. Te prometerá, si le adoras, gloria y riquezas con las que resarcirte magníficamente del desprecio y de la pobreza. Recuerda que en ese desprecio y pobreza que Satán ataca estriba la felicidad cristiana y, por lo tanto, la verdadera felicidad, y en esas ficticias riquezas y gloria que con aquella infame condición te ofrece, eterna pobreza e ignominia. Así preferirás ser afligido con Moisés, como fiel ministro en la casa de Dios, y compartir el desprecio del que es objeto el pueblo de Dios, a disfrutar pecaminosas comodidades temporales. De este modo, reservando totalmente el Reino y la gloria para Cristo, y contentándote tú humildemente con el papel de siervo suyo, adorarás sólo a aquel que severamente prescribe que sólo a

él se le debe adoración, y que es además el único digno de ser exclusivamente adorado por todas las criaturas. A él el Reino, el Imperio, la gloria, y la adoración. Amén.

Échate abajo; y vers. 9: *Adórame.* Sin negar que Satán actuó efectivamente con Cristo tan desvergonzadamente como aquí leemos, pidiéndole en los términos más claros que se arrojara desde lo alto del templo y que le adorara, apliquemos esas palabras a nuestro uso, como lo hemos hecho prolijamente en el comentario que precede, y reconozcamos en ellas el carácter propio de la Sagrada Escritura y del Espíritu Santo que la inspira. En la Escritura se nos nombran y presentan las cosas, sobre todo las ignominiosas, del modo más claro y tal como son, despojándolas de todos los calificativos de honestidad y de justicia con los que los autores suelen disimularlas y a veces incluso recomendarlas bajo el nombre de virtudes. Ningún bandido dirá nunca «Acechemos sin motivo al inocente» (Prov. 1:11, y en otros muchos pasajes), sino que preferirá encubrir su intención bajo el nombre de justicia o de celo. Como tampoco dirán los pastores malvados: «Arrojémonos al precipicio. Adoremos al diablo. Corrompamos, profanemos el culto divino», sino que revestirán todas esas acciones por las que se lanzan al precipicio y tientan a Dios o adoran al diablo con los honorabilísimos títulos de piedad, de celo, de religión, de devoción. El Espíritu de Dios, en cambio, llamando a las cosas por su nombre, las saca a la luz, a fin de que nosotros no nos dejemos engañar por esos disfraces y aleguemos el pretexto de la ignorancia para nuestras caídas.

El diablo entonces le dejó, etc. Pero aunque le sea dado a Satanás prosperar muchas veces contra la Iglesia de Cristo derribando a unos de sus puestos, llevando a otros a una ignominiosa idolatría con el ofrecimiento de gloria y riquezas, tengan buen ánimo los que buscan incesantemente la gloria, pues el fin de todo será que, acabada, como dice Lucas, es decir, vencida y superada toda tentación, el diablo avergonzado se retirará para siempre y llegará la eterna tranquilidad de la Iglesia para ni verse interrumpida por perturbación alguna en todos los siglos sucesivos. Amén.